

ADA FERRER.

Ambivalent Revolution: Race, Nation, and Anti-Colonial Struggle in Cuba, 1868-1898.

ALINE HELG.

Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality. 1886-1912.

LA CUESTIÓN RACIAL EN LA FORMACIÓN DE LA NACIÓN CUBANA

EL proceso de formación de la nación cubana se caracteriza por la continua interrelación y enfrentamiento de distintos colectivos, que lucharán por dirigir la vida política, económica y cultural del país, o lograr una igualdad plena entre sus ciudadanos; los factores determinantes en estas relaciones serán la "raza" y la clase social de cada individuo. Los trabajos de Ada Ferrer y Aline Helg se centran en el concepto de "raza" como constructo social fundamental y director de las relaciones sociales, económicas y políticas en la Cuba de finales del XIX y principios del XX, y nos revelan el problema de las identidades en la formación de la nación cubana. Ferrer analiza el problema de la reconceptualización de la raza y la nacionalidad desde 1868 hasta 1898, a través de las guerras de independencia, mientras que Helg estudia la influencia de la raza y la cultura en la formación del nacionalismo cubano, entre 1886 y 1912, pero alargando sus conclusiones a la década de los años 20, 30 y a la revolución de 1959, por lo cual ambas obras ofrecen una visión de la formación de la identidad racial, social y nacional, desde la inicial toma de conciencia que provoca el estallido de la Guerra de los Diez Años.

Las dos autoras coinciden en subrayar la influencia en el imaginario colectivo del miedo a la población negra, impulsada desde las autoridades coloniales, y su pervivencia durante las guerras de independencia. Destacan también la utilización por conveniencia que hizo la clase blanca nacionalista del mito de la igualdad racial, y los problemas derivados de la "raza" y la clase en la construcción de la nacionalidad. Ada Ferrer deduce que el problema de la identidad nacional se resuelve en 1899 y que la cuestión a partir de ese momento será determinar quiénes debían ser los dirigentes de esa nueva nación; si bien se logra una igualdad jurídica tras las guerras, la igualdad social queda pendiente. Aline Helg trata precisamente esa desigualdad, aunque centrándose principalmente en la lucha de la población negra y mulata por participar en todos los ámbitos de la vida nacional; concluirá que ni siquiera hoy en día los afrocubanos han logrado esa participación, sino solamente un reconocimiento cultural.

El punto de partida de la obra de Ada Ferrer es, según sus propias palabras, analizar la revolución cubana que estalla en las guerras nacionalistas de 1868-78, 1879-80, y 1895-98, que emerge de una sociedad colonial esclavista y que transforma a esta sociedad hasta alcanzar una "peculiar independencia" que transfiere a Cuba del dominio de un imperio a otro. El objetivo de Ada Ferrer es proceder a una doble recuperación: por una parte, recuperar la larga tradición separatista cubana (1868-1898), ya que las interpretaciones estadounidenses lo reducen a una lucha tiránica de cuatro meses. Pero por otro lado la autora pone en tela de juicio la coherencia con que se ha interpretado en la conciencia histórica cubana; en definitiva, el libro cuestiona tanto "los silencios imperiales" como "las pretensiones nacionalistas".

Los contenidos se estructuran en torno a una introducción, siete capítulos, y un epílogo. En la introducción, titulada "A Revolution the World Forgot", se analiza el contexto del país anterior al estallido revolucionario, una sociedad dominada por las élites blancas criollas, que en su interés por preservar la próspera industria azucarera construida sobre el trabajo esclavo, preferían mantener el vínculo colonial con España a emanciparse. En 1846, un 36% de la población era esclava y la mitad aproximadamente trabajaba en plantaciones azucareras, manteniendo su len-

gua africana y en muchos casos un mínimo contacto con el mundo exterior. Otro 17% lo constituían personas libres de color, en cuyo imaginario colectivo reinaba el miedo a una rebelión negra y esclava, miedo impulsado desde las élites blancas, que reforzaban ese acercamiento a España y ayudaban a conformar la idea de la nacionalidad cubana como blanca; los criollos blancos propagaban la idea de que Cuba podía ser española o africana, y en este último caso, se convertiría en "otro Haití".

Sin embargo, en este contexto de miedo y división racial estalla la revolución el 10 de octubre de 1868, iniciada por prósperos hombres blancos, que liberan esclavos y colocan a negros libres en posiciones de autoridad, y los llaman "ciudadanos". Desde el principio, y durante los próximos 30 años, el movimiento creará una poderosa retórica de anti-racismo, que hará de la igualdad racial el baluarte fundacional de la nación cubana, la primera nación del mundo sin "razas", compuesta, como dirá Antonio Maceo, "no por blancos o negros, sino por cubanos". Sin embargo, el estallido de divisiones regionales, de clase y raciales será constitutivo del proyecto nacionalista mismo, y lo que definirá la revolución del siglo XIX en Cuba será el conflicto, no el consenso.

El estudio de la revolución anticolonial es, para Ada Ferrer, "la historia de la emergencia de una particular y poderosa ideología racial. La historia de las tensiones y transformaciones que produjo esa ideología". Frente al argumento colonial que desde finales del siglo dieciocho anunciaba que debido a la importancia de la esclavitud Cuba no podría ser una nación, los líderes nacionalistas de la Guerra de los Diez Años comenzarán a desafiar, aunque moderadamente, esas formulaciones: establecerán un modelo de república rebelde y colocarán a individuos negros libres en trabajos públicos a nivel local, movilizarán a los esclavos y declararán, de forma ambigua, el fin gradual y no indemnizado de la esclavitud. Las autoridades españolas responderán de nuevo utilizando las imágenes del miedo en torno a la supremacía negra, las referencias a Haití y al negro violador de mujeres y asesino de sus maridos y padres; esos argumentos volverán a surgir en la "Guerra Chiquita", demostrando que el concepto de "raza" y su manipulación era central para entender los límites de la insurgencia multirracial de la primera mitad del período nacionalista.

En este complejo proceso de reconceptualización de la raza y la nacionalidad, la retórica nacionalista era un arma de doble filo, ya que si bien por un lado debilitaba los argumentos españoles en torno a la imposibilidad de una nación cubana, también permitía a los soldados negros que lucharon junto a los blancos condenar el racismo tanto entre los enemigos españoles como entre los insurgentes; será esa tensión entre racismo y antirracismo la que definirá la revolución cubana del diecinueve, y su estudio conforma el eje de esta obra.

El primer capítulo, "Slaves, Insurgents, Citizens: The Early Ten Years War, 1868-1870", analiza los primeros años de la primera de las guerras por la independencia cubana, que se inicia el 10 de octubre de 1868 cuando Carlos Manuel de Céspedes libera a sus esclavos y les otorga por primera vez el título de "ciudadanos", invitándolos a conquistar la libertad y la independencia de Cuba. En 1878, 16.000 esclavos recibirán su libertad legal por haber luchado contra España, tras un proceso de profundas transformaciones en el movimiento nacionalista, la radicalización del separatismo cubano y la progresiva conformación de la identidad nacional. Dentro del movimiento separatista los conflictos se traducían en torno a qué podría ser la nueva nación cubana y a los papeles que los diferentes grupos sociales jugarían en esa nación; el sentido de la guerra, para la autora, se centraba en los límites de la nacionalidad cubana, donde cuestiones como el color y el status legal eran centrales.

Los términos "ciudadano" y "cubano" no se definieron a priori, sino que fue la práctica la que

definió y redefinió sus contenidos; los límites de la identidad racial y nacional fueron cambiando, mientras existía un vacío entre las declaraciones de libertad e igualdad de los rebeldes y la práctica de denegar a los libertos el control sobre su trabajo y movilidad. Para los esclavos este decreto abolicionista de 1868, ambiguo y vacilante, tenía sin embargo un enorme poder para volcarlos a la causa de la independencia nacional: pasaban a autoperibirse como "ciudadanos, patriotas, y soldados de la libertad". Para los separatistas, sin embargo, eran una "especie" de ciudadanos, que en última instancia seguían subordinados y su trabajo sujeto a apropiación en servicio de la nación. No obstante, a pesar de que la abolición se pospuso y se prometió la liberación de todos los esclavos tras el triunfo, la masiva participación de estos esclavos forzó a los líderes a hacer más concesiones de las que previeron.

Tras 1868 la insurgencia se desarrollará de formas diferentes según las regiones, ya que Oriente y Occidente eran, como dice Ada Ferrer, sociedades muy distintas; mientras que el área de Occidente había recibido los beneficios de las expansiones económicas, en Oriente se habían sufrido los efectos de las crisis y las reacciones políticas, y el capital para expandir, comprar esclavos o mecanizar era mucho menor. Por ello, fueron el azúcar y la esclavitud los que ayudaron a definir los parámetros de lo políticamente posible. Esta diferenciación regional se analiza en el capítulo dos, titulado "Region, Race, and Transformations in the Ten Years' War, 1870-1878", así como la manipulación de imágenes que hicieron durante mucho tiempo las autoridades coloniales para derrotar el movimiento insurreccional. En estos años, mientras la rebelión declinaba en Camagüey, florecía en Oriente, ya que mientras la primera era una sociedad predominantemente blanca, el sudeste de Oriente era sobre todo negro o mulato. El 10 de febrero de 1878 el comité de Camagüey aceptará la propuesta española de paz, y ésta se firmará mediante el Pacto de Zanjón, con el perdón político para los insurgentes o los desertores de las filas españolas y la libertad legal para los esclavos y trabajadores contractuales durante la insurrección. Ni la independencia ni la abolición se habían conseguido, por ello Maceo optará por continuar la guerra y en un mitin en Baraguá cambiará el perfil de identidades, invirtiendo las categorías del discurso colonial que colocaban a España en la civilización y a la Cuba africana en la barbarie. Aunque a mediados de junio la mayoría de los insurgentes había capitulado, la guerra había alterado para siempre las relaciones sociales de la esclavitud y España se veía obligada a abolirla más pronto que tarde; el lazo entre "raza" y nación se había colocado en primer plano y la relación entre ambas no podía transformarse sin lucha y disensión. En el capítulo tres, "Fear and its Uses: The Little War, 1879-1880", la investigación se centra en la nueva rebelión surgida el 26 de agosto del 79, que también versó sobre la independencia política de España y los papeles y el estatus de los esclavos en la nueva república cubana. Sin embargo, a diferencia de la anterior, en esta guerra fue central el ejercicio del poder político negro en el movimiento nacionalista y en la república que debía alzarse, y en este contexto, de nuevo surgieron los antiguos temores sobre la intención rebelde de formar una república independiente negra, por lo cual se consideró que el nuevo alzamiento era sólo el preludio de una "guerra de razas"; las autoridades coloniales representaron a los rebeldes como negros salvajes y el gobernador provincial Polavieja impulsó la idea de quitar los elementos blancos de la rebelión y reducirla al elemento de color, es decir, subrayar la "negritud" para convertirla en esa guerra de "razas". En este momento se enfrentan dos imágenes, la Cuba africana frente a la Cuba española, y los líderes blancos se proclaman como guardianes de la civilización; neutralizar ese miedo será una de las tareas de los independentistas en el período siguiente, donde los límites del poder político negro continuarán siendo centrales en la actividad nacionalista.

El siguiente período, tal y como indica el título del cuarto capítulo, "A Fragil Peace:

Colonialism, the State, and Rural Society, 1878-1895", se caracteriza por ser una época inestable, que vive el fin jurídico de la esclavitud en 1886, pero donde el malestar continúa y se plasma en expresiones locales de oposición a España, inclusive en las regiones occidentales, por parte de residentes locales y nuevos cubanos representativos del estado colonial. Entre 1880 y 1890, la crisis económica y el malestar de muchos sectores hacían peligrar la garantía de estabilidad, y la abolición de la esclavitud y el aumento de población blanca descalificaban una de las justificaciones centrales para la presencia española en Cuba; estos estallidos no se dirigen sólo contra la política sino que tratan sobre género y poder, afirmando la "masculinidad cubana" frente a la debilidad del honor y la masculinidad españolas.

En el capítulo cinco, "Writing the Nation: Race, War, and Redemption in the Prose of Independence, 1886-1895", Ada Ferrer vuelve sobre esos antiguos prejuicios con los que España calificaba a los separatistas, el peligro de la guerra de razas y la instauración de una república como Haití. Frente a estas acusaciones, los intelectuales separatistas irán desestabilizando ese argumento, reevaluando el papel del negro insurgente en el proceso de construcción de la nación, y con ello reconceptualizando la nacionalidad. Muchos de estos intelectuales serán periodistas afrocubanos que publicarán sus trabajos en la prensa negra, donde el negro insurgente pasará a verse como héroe y patriota cubano, amante de su país, incapaz de provocar el desorden. Sin embargo, los blancos seguirán viendo a los negros políticamente iguales pero socialmente diferentes, capaces de amenazar el orden colonial, pero no de acabar con las normas tradicionales de interacción social. Ese "régimen de igualdad" es visto como un "regalo" o "favor" de los blancos hacia los negros, cosa que ellos no habían demandado nunca, lo cual evidencia que no se sientan discriminados socialmente, sino sólo políticamente; con este argumento la clase blanca intenta mantener incuestionables las diferencias de clases que evidencian la desigualdad social existente.

En este contexto, en el que la esclavitud se concibe como la culpable de la erosión del bienestar de la isla, los dueños de esclavos que lucharon por la independencia debían ser redimidos, por lo que en los ensayos políticos se propaga la idea de que la Guerra de los Diez Años fue la redención de Cuba, ya que al liberar a los esclavos los antiguos dueños se redimían a sí mismos y a la nación. Ambos sufrieron, el negro esclavo y el blanco patrón en la guerra para liberarlo, por lo cual fue la guerra la que resolvió material y moralmente los dilemas de la esclavitud y la nacionalidad. Según esta idea, los negros debían estar agradecidos a los blancos por luchar para liberarlos, ya que, en palabras de Sanguili, a pesar de que muchos negros lucharon por la independencia, la revolución fue obra de blancos, quienes dieron a los negros un lugar en la historia cubana. Juan Gualberto Gómez diría que en la revolución del 68 negros y blancos se habían convertido en hermanos, Martí diría que se habían convertido en iguales; la nación nacería de la unión de blancos y negros, que trascendería la raza y convertiría a ambos en cubanos.

En 1892, sin embargo, Gómez creó el "Directorio Central de las Sociedades de la Clase de Color", una organización cuyo objetivo era lograr la concesión de derechos civiles a los cubanos negros, socialmente reconocidos, y no sólo jurídicamente. Los activistas de esta campaña se identificaban públicamente como hombres negros y como pertenecientes a la "raza de color", pero afirmaban que ambas "razas" eran dos ramas del mismo árbol; sus críticos, sin embargo, la racharían de una absurda pretensión de "blanqueo". La toma de conciencia de la población negra se evidenció en esta campaña y en el cuestionamiento de esa supuesta gratitud hacia los blancos, que se plasmó en amenazas públicas de no participar en las elecciones. Además, se argumentó que el racismo blanco era peligroso y provocativo y suponía el mayor obstáculo a la independencia cubana.

En el capítulo seis, "Insurgent Identities: Race and the Western Invasion, 1895-1896", se analiza la nueva conspiración organizada por el Partido Revolucionario Cubano de Martí, que se inició en 1895 con alzamientos alrededor de la isla. El 24 de febrero, los rebeldes se levantan para proclamar la independencia cubana en el oriente de la isla y por primera vez en la provincia occidental de Matanzas, lo cual evidencia cuánto había cambiado la sociedad cubana desde la primera guerra. En efecto, se había producido un cambio de mentalidades, que había minado la anterior efectividad del argumento español del peligro de la guerra de "razas". Sin embargo, dentro del Ejército de Liberación, multclasista y multirracial, existían rígidas divisiones sociales que producían tensiones entre los dos grupos. Los soldados negros sintieron traicionadas esa democracia y esa fraternidad racial proclamadas por el discurso nacionalista, y tendrían una poderosa arma en sus manos, que les permitiría tachar ese discurso de racista, antidemocrático, y antipatriótico. Esa igualdad racial proclamada por Martí, Gómez, o Sanguili, constituyó la fundación teórica de la nación cubana, pero no era una realidad *de facto*.

El último capítulo, titulado "Black Power and the Coming of Peace", analiza el fracaso de los negros que lucharon en las guerras por alcanzar el "orden social" que esperaban caracterizase a la Cuba independiente, es decir, un orden basado en la "igualdad social" y el trato acorde a los "méritos" y no a la raza o la clase. Al inicio de la Guerra de los Diez Años, no era claro que los líderes vieran a los negros y mulatos participantes como potencialmente "cubanos", ni que esos participantes se vieran a sí mismos como tales; en 1895, el discurso nacionalista les había otorgado la categoría de cubanos y glorificaba su participación en las guerras. Pero el racismo no había desaparecido; el problema no era determinar quién era cubano, sino qué clase de hombres eran los aptos para liderar esa república "heterogénea" y poco preparada, es decir, quién debía controlar el cambio del poder militar al político. La lucha que se avecinaba versaba sobre los modelos de liderazgo republicano y sobre quién ocuparía el centro político y cultural de la nueva realidad. Como conclusión, en el epílogo la autora apunta a que la caracterización de la revolución cubana del siglo diecinueve como frustrada o traicionada parece correcta en muchos casos, ya que el racismo pervivirá en la sociedad aunque la nación sea aceptada como multirracial, y la soberanía política buscada durante treinta años se verá minada por la intervención estadounidense. El desafío del movimiento revolucionario fue hacia el orden colonial y el privilegio racial, pero fue un desafío incompleto, intermitente y ambivalente.

ALINE Helg centra su análisis en la situación social, económica y política en Cuba desde la abolición de la esclavitud hasta 1912, y su objetivo es reflexionar sobre los intentos de la población afrocubana por conseguir una igualdad plena frente a la población blanca, y un reconocimiento de su "legítima participación" en la construcción de la nación cubana. La diferencia fundamental con Ada Ferrer es que Helg toma como protagonistas a los negros y mulatos cubanos, pero las preocupaciones que motivan a ambas autoras y las conclusiones a las que llegan son muy similares.

Su libro se estructura en torno a una introducción, siete capítulos y una conclusión, y cada apartado se inicia con una cita o un proverbio que resume la idea principal que se analiza, siendo todos ellos casos muy interesantes y ejemplificativos de la visión de los hechos que predomina en cada período investigado. La introducción es un resumen muy completo del conjunto de la obra y aporta una gran información sobre los temas que se desarrollarán a continuación. Titulada "The Dynamics of Ideology and Action", comienza con la referencia al asesinato en 1912 de Pedro Ivonet, veterano del Ejército de Liberación (de 1895 a 1898), que evidencia la división racial existente en Cuba. El punto de partida de Helg son una serie de preguntas a las

que el libro intenta responder, atendiendo a la importancia de la población afrocubana como agente de cambio político y social en la construcción de una nación independiente; cómo se explica la masacre de 1912, el por qué de ese miedo persistente a una revolución racial como la sucedida en Haití, por qué a los negros se les denegaba cualquier tipo de autonomía política y cómo estaba justificada por la ideología dominante, y cuáles eran las raíces y el significado de sus primeras luchas por la igualdad.

La autora parte de la idea de que los afrocubanos fueron capaces de protagonizar momentos de lucha gracias a una serie de particularidades que se daban en Cuba. En primer lugar, la población negra tenía una relativa cohesión ya que se comprendía dentro de la misma categoría, la clase de color, con lo cual fue fácil movilizarla como a un colectivo tras la abolición de la esclavitud, en 1886. Ese nivel de organización y movilización derivaba de la gran participación militar negra en las guerras nacionalistas, y se plasmó en la organización del primer partido negro, el Partido Independiente de Color, con un programa orientado a lograr la igualdad racial. Todo ello, en un contexto de violencia antinegra oficial, a pesar de los principios liberales democráticos imperantes en el país. Estas particularidades llevan a Helg a unas conclusiones fundamentales para comprender el contexto en el que se basa este análisis: la "raza" es fundamentalmente una construcción social en Cuba, basada en diferencias físicas y culturales, y el concepto "raza de color" fue una categoría construida por los españoles y los cubanos blancos a mediados del XIX, para excluir a toda la población libre de origen africano. Ese sentimiento de los afrocubanos de sufrir la experiencia común del racismo blanco los llevó a unirse en la acción, por encima de las diferencias de clase o de la distinción entre negros y mulatos; es decir, se produce una identidad racial que será usada por sus líderes en pro de la acción colectiva, de un nuevo orgullo racial que los defina como negros y cubanos.

Las élites gobernantes defendieron esa igualdad de raza creando el mito de la igualdad racial, según el cual en Cuba no había discriminación basada en la "raza", sino que se había logrado una equiparación en las fuerzas militares que lucharon contra España, por lo que todos aquellos afrocubanos que reclamaban la igualdad fueron tachados de racistas. Para mantener la desconfianza hacia la población negra y mulata el otro elemento utilizado fueron los estereotipos raciales y sexuales, que se convirtieron en iconos de miedo en torno a tres imágenes que se correspondían, tal como afirma la autora, a tres niveles de preocupación: el temor a una revolución similar a la haitiana que convirtiera a Cuba en una república negra con un dictador afrocubano que masacrara a los blancos, la aprensión que provocaban las religiones y la cultura africana -que se plasmará en la caricaturización del negro brujo y el ñáñigo, y opondrá la "civilización occidental" a la "barbarie africana"- y, por último, el temor a la sexualidad de los negros, que serán vistos como bestias, violadores de mujeres blancas, amenazas en definitiva a la comunidad blanca, a la nación cubana y a esa civilización occidental. Frente a todas estas acusaciones, la población afrocubana intentará producir una contraideología basada en el valor positivo de su raza, cuestionando el orden social mediante el discurso y las acciones.

El capítulo 1, "After Slavery, 1886-1895", analiza los efectos de las contradicciones existentes entre la abolición de la esclavitud y la continuación de la discriminación racial en la sociedad cubana de la postemancipación, donde las diferencias culturales, de clase, sexuales y regionales hicieron que los negros comenzaran a cuestionar el orden social. A partir de 1887 aparecen periódicos creados por afrocubanos que comienzan a reclamar su "participación legítima". Sin embargo, las divisiones internas entre este grupo no permiten que se identifiquen como una cultura unificada, que los conduzca a la acción colectiva, sino que reflejan un "continuo de subculturas", en el que muchos sectores se distanciarán de los negros asimilando prejuicios raciales

y aproximándose al modo de vida español. Será el caso de muchas sociedades de color, que en su intento por demostrar una igualdad respecto a los blancos eliminarán las formas de expresión cultural de origen africano, como la religión, la música o la danza, practicando las europeas. Según afirma Aline Helg, el problema para la población afrocubana era la necesidad de una toma de partido entre mantener el legado africano o acercarse al modo de vida de la clase dominante, y el sacrificio que ambas opciones implicaba, ya que acercarse a la élite no comportaba la desaparición de la barrera racial ni el fin de la marginación en muchos aspectos. Hay una clara división entre los dos mundos, por lo cual muchos negros optarán por la integración parcial, llevando una vida pública dentro de los patrones de la línea dominante y una vida privada enmarcada en la subcultura afrocubana.

En 1887 aparecerá el Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color, con la intención de organizar a la comunidad de origen africano y defender la igualdad de derechos mediante la coordinación de todas las asociaciones negras, para unir posiciones ante el racismo. Pretende promover una contraideología a la supremacía blanca, resaltando el valor de la raza de color. Sin embargo, en 1895 se inicia la Guerra de Independencia, con el problema del racismo entre las fuerzas de Cuba Libre aún sin resolver y con grandes expectativas por parte de los afrocubanos, que lucharán por la igualdad racial en el nuevo orden y por una plena participación. Ésta es la idea que se desarrolla en el segundo capítulo, "The Fight for a Just Cuba, 1895-1898": la esperanza en un futuro en el que los individuos sean valorados por sus méritos y por su talento, no por su color. Los líderes negros exaltarán el orgullo negro y el valor de las raíces africanas, pero de nuevo chocarán con el racismo blanco, que limitará el potencial revolucionario del movimiento de independencia, tachando a los líderes afrocubanos de racistas y de sostener ambiciones dictatoriales. El gobierno provisional mostrará que el prejuicio no ha desaparecido en la Cuba Libre y de nuevo todos los altos cargos serán ocupados por blancos, relegando a los negros a posiciones marginales, muy alejadas de las que esperaban alcanzar. Este quiebre de expectativas culminará con el asesinato de Antonio Maceo, el estandarte de las esperanzas de los negros que lucharon por la independencia y cuya muerte minó sus anhelos por un futuro mejor. La invasión de Estados Unidos el 15 de febrero del 98 acaba con la revolución y abre el camino a una nueva lucha por el reconocimiento de la igualdad entre razas, en un contexto en el que los estereotipos y las raíces del miedo al negro están suficientemente arraigados como para influenciar la forma del nuevo orden social y el primer gobierno cubano. Éste es el problema tratado en el capítulo 3, "The Making of the New Order, 1899-1906", que parte de la afirmación que la ocupación militar estadounidense aceleró el proceso de marginalización hacia los negros que se había iniciado en Cuba Libre, colocando en las posiciones de poder a los blancos conservadores favorables a Estados Unidos, y extendiendo los prejuicios raciales por el temor a la "gota de sangre negra" que podía contaminar a cualquier cubano. En 1902, el primer gobierno electo estará influenciado por muchas de esas políticas, promoverá además el blanqueo de la isla potenciando la inmigración española y se servirá del mito de la igualdad racial para justificar el statu quo social. La cuestión racial será deliberadamente evitada y el "problema negro" respondido con el silencio: ésta es la "peculiar independencia" a la que se refiere Ada Ferrer.

Entre 1906 y 1909, época de la segunda ocupación estadounidense, la sociedad sigue dividida entre líneas raciales y sociales, y la raza sigue siendo un factor determinante en la economía. Sin embargo, la discriminación racial se extiende ahora a todos los cubanos, y tanto la élite blanca como la clase media blanca están afectadas por el temor a la contaminación negra. La solución será intentar construir la identidad nacional como blanca y latina, respondiendo al ideal occidental de supremacía blanca de fin de siglo (lo cual contrastaba enormemente con la historia

cubana) y denigrando todas las expresiones culturales de origen africano: la represión de los brujos negros y de los ñáñigos apoyará la idea de superioridad de la élite blanca, marcada por un complejo de inferioridad hacia Estados Unidos y por las dudas sobre su propia capacidad para gobernar el país. La asociación brujería-raza acentuará las tensiones raciales entre la clase trabajadora y creará nuevos vínculos de clase entre los blancos, que facilitarán a la élite el control social y la movilización de la población blanca contra la negra.

El capítulo cuatro, como su título indica, "Frustration, 1899-1906", analiza las expresiones públicas de frustración de algunos intelectuales afrocubanos, que reiniciarán a principios de 1904 su oposición a la ideología dominante y al mito de la igualdad racial en periódicos independientes negros y participando en masa en la Revolución Liberal de agosto de 1906, un último intento de retornar a la vida insurgente para protestar contra la reelección fraudulenta de Estrada Palma. Sin embargo, dos figuras negras cuestionan el motivo de las reclamaciones: Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado, los políticos negros más poderosos de la época, símbolos vivientes de la movilidad social negra basada en "méritos" y perfectos exponentes del mito de la igualdad racial. Por otro lado, la ocupación estadounidense había provocado que el tema de preocupación de todos los partidos fueran las relaciones entre ambos países, por lo que los problemas socioeconómicos se trataron como subsidiarios y la cuestión de la raza fue evitada.

Cuando la segunda ocupación acaba, la nueva dificultad de los afrocubanos será hallar solución a sus urgentes problemas individuales, pues estarán demasiado fragmentados y reprimidos como para actuar efectivamente por un cambio colectivo. En 1902 se organizará un primer acto colectivo por parte del Comité de Veteranos de Color, la presentación de un memorándum para "acabar con la negligencia hacia la raza de color", pero sus demandas no tendrán suficiente amplitud social como para movilizar a toda la población negra. A partir de esa época de desilusión por el nuevo orden social, muchos negros se refugiarán en su mundo tradicional, eligiendo la religión como medio de mostrar su inconformidad con la cultura y la ideología dominantes. Otros considerarán que ha llegado el momento de ejercer presión para conseguir una participación plena en la sociedad.

De esta línea de actuación se ocupa el quinto capítulo, "Mobilization, 1907-1910"; a mediados de 1907 se hacen públicos una serie de manifiestos en muchas ciudades, que llaman a la raza de color a levantarse y unificarse alrededor de un partido para obtener sus derechos. Surgirán asociaciones y comités para defender estos derechos en varias ciudades provinciales, y la idea de un partido negro que represente los intereses de la población afrocubana tomará fuerza, plasmándose en 1908 en la Agrupación Independiente de Color, que más tarde se llamaría Partido Independiente de Color. Éste propondrá la integración de los negros en la sociedad y su participación en el gobierno, rechazando la supremacía blanca. Ataca los tres temores que proclaman los blancos: el de una revolución como la haitiana, los rumores de asesinato y canibalismo de los brujos negros y el papel central que la élite blanca atribuye a Europa, frente al cual difunden la idea de que el origen de la humanidad se halla en África y que por tanto hay que valorar ese legado.

El principal mensaje de los independientes a la población afrocubana es que deben sentirse orgullosos por ser negros y cubanos, por lo que difunden una imagen positiva de negros y mulatos, logrando articular las frustraciones individuales en un descontento colectivo. De nuevo, ese desafío se encontrará con una barrera de represión y falsas acusaciones, como indica el título del sexto capítulo, "Rumors of a Black Conspiracy, 1907-1911". Gobierno y periódicos estigmatizarán la movilización de los afrocubanos como racista y antiblanca, y reavivarán los miedos que rodean a esta comunidad, atacando al Partido Independiente de Color, que será finalmente ile-

galizado. La respuesta de los independientes se traducirá en un discurso conciliador para intentar ganarse a la élite política blanca, subrayando que su intención es participar en la administración del país, no acaparar el poder, y conseguir la igualdad para relegalizar el partido y ser una realidad de facto. La respuesta del gobierno será el encarcelamiento masivo de independientes y un aumento de la represión hasta finales de 1910, cuando la mayoría de los afrocubanos serán liberados, ante la falta de pruebas por la supuesta "conspiración negra" de la que se los acusaba.

La represión se extendió en este momento a toda la población negra, muchas personas fueron arrestadas aunque no pertenecieran al Partido Independiente de Color, y muchos soldados, policías y guardias de origen africano perdieron sus trabajos ante las sospechas de vincularse a los independientes. El partido quedará seriamente debilitado, sobre todo a raíz de la popularidad de la Enmienda Morúa, que prohibirá la existencia de partidos políticos exclusivamente formados por individuos de una raza. Ante esta situación, el 20 de mayo de 1912, fecha del aniversario de la República, los líderes independientes lanzarán una protesta armada a escala nacional que amenazará con provocar el desorden para lograr una intervención estadounidense. El capítulo siete, "The Racist Massacre of 1912", se centra en el análisis de la respuesta que dará el gobierno ante esta acción colectiva afrocubana, cuyo objetivo es forzar al presidente a que el Congreso relegalice el partido. De nuevo, el gobierno y la prensa se servirán de la amenaza de una "guerra de razas" contra los blancos para difundir falsos rumores, reactivar estereotipos antinegros y promover una represión indiscriminada y a escala nacional, a pesar de que la actuación de los independientes se limita a oriente.

Así, se organizan por toda la isla milicias de autodefensa y voluntariados para luchar en oriente y Estados Unidos envía marines para proteger las vidas y propiedades de sus ciudadanos. El 5 de junio se suspenderán las garantías constitucionales en esta región y cientos de afrocubanos, entre los que se encuentran Estenoz e Ivonnet, los principales líderes independientes, serán asesinados. Ambos serán enterrados en fosas comunes, siguiendo el objetivo del gobierno de evitar la creación de símbolos que pudieran reavivar la memoria de los afrocubanos por las dos figuras negras. Ése será el fin de la trayectoria del Partido Independiente de Color, y el mensaje del gobierno, afirma Helg, será claro: cualquier intento de desafiar el orden social acabará con el derramamiento de sangre. El color, la raza, prevalecerá sobre la clase, la cultura, y la afiliación política, y la "raza de color" será condenada colectivamente, sufriendo lo que la autora califica una "cacería de negros" cometida por los blancos, que actuarán con total impunidad para crear un efecto moral entre la población.

La revuelta llegó a su fin el 15 de julio, con la rendición de los independientes y el restablecimiento de las garantías constitucionales. Ese racismo subyacente evidenció la importancia de la raza y la cultura en la formación del nacionalismo cubano, y permaneció mucho tiempo después de 1912, influyendo en las políticas gubernamentales y el pensamiento intelectual hasta la década de 1920. Ésa es una de las conclusiones presentadas en "The Limits of Equality", donde Helg afirma además que tal represión y legado significó el fin del radicalismo cubano negro hasta el presente. Los estereotipos tradicionales se utilizaron en esta época en tiras cómicas, mostrando claramente que la sociedad seguía profundamente dividida en líneas raciales, idea que manifestaron muchos ensayistas, sosteniendo que las dos razas no podían vivir juntas y sentirse hermanadas, por lo cual una de ellas debía sucumbir o someterse. Algunos principios de la Constitución, que aseguraban la democracia o el sufragio universal, fueron discutidos por no poder adaptarse a una realidad tan "racialmente diversa", y se cuestionó la alegada fraternidad racial de Cuba Libre.

La frustración individual y el fracaso de las expectativas de la población negra se tradujeron en un descontento colectivo que se expresó en varios casos demandando la renegociación del contrato social existente, pero no volvió a surgir una organización capaz de desafiar la autoridad política. Cuando los independientes que sobrevivieron a la "guerra de razas" de 1912 fundan el Partido de los Amigos del Pueblo, se encontrarán ante la nueva profusión de rumores sobre otro alzamiento y la propia oposición de muchos afrocubanos. La movilización de una minoría étnica mostró que Cuba era una nación en la que la raza se comprendía como un constructo social fundamental, y en la que el racismo era todavía una ideología capaz de impulsar a los blancos a la acción. Sin embargo, la élite blanca pagó un alto precio por su victoria, ya que no consiguió unificar a todos los cubanos en un momento crucial en el proceso de construcción de la nación, por lo cual en la década de 1920 acabará debilitada y sin credibilidad moral y política.

La raza de color se escindirá progresivamente en líneas de clase y culturales, y los negros de clase media y los intelectuales intentarán alejarse del resto, asimilándose culturalmente a la población blanca y distanciándose del legado africano que afectaba su propia identidad. Por otro lado, las divisiones de clase empiezan a oscurecer las divisiones raciales, en un momento en que la discriminación racial supone un obstáculo para el desarrollo de nuevas solidaridades sociales, y la "cubanización" del país requería la unidad de las "razas". Por ello, Helg afirma que parte de la élite blanca empezará a abocar por la unidad nacional y a reconocer el valor de la contribución afrocubana a la nación, buscando también esa "cubanidad" en las raíces africanas. En 1930, una versión expurgada de la contracultura y la contraideología transmitida por la clase popular afrocubana entró en la corriente dominante y la figura del brujo negro consiguió finalmente influenciar la definición de la nación cubana; sin embargo, ese reconocimiento cultural no es, según la autora, la "legítima participación" que esperaban los afrocubanos, ya que su influencia en el ámbito económico y social continuaría siendo limitada. Incluso tras la Revolución de 1959, el mito de la igualdad racial continuará siendo usado para prevenir a la población negra de expresar su descontento u organizarse autónomamente, y de nuevo a esta comunidad se le permitirá integrarse, como antes, en la cultura dominante. La élite en formación podrá continuar ignorando el tema del racismo, y los afrocubanos permanecerán infrarrepresentados en las esferas más altas de poder y sobrerrepresentados en el estrato más humilde de la sociedad. La lucha por la igualdad, concluye Aline Helg, todavía no ha sido totalmente ganada.

SOLEDAD BERTRAN ACOSTA